dice el poeta, sólo se escucha en el silencio hondo "de tu amor el arrullo que nos llama". La primera parte de esta delectación amorosísima ha terminado en el silencio, que es más elocuente que las palabras. Silencio en el cual se escucha la voz de lo Eterno allá dentro del alma.

II

La segunda parte la constituyen 14 poemas que muestran espacialmente cuatro planos distintos: plano divino-humano, Cristo; plano humano, los hombres; plano divino, y plano de la naturaleza. Cuatro planos, cuatro distintas posturas ante el Sacrificio perpetrado en el Calvario. Es la parte más lírica del poema. Se acumulan en ella metáforas, símiles y comparaciones de gran belleza. Se ahonda en los sentimientos. Ya no es la contemplación atenta de la vista, sino la de la inteligencia que empieza.

A). *Plano Divino-Humano*

Este corresponde a la persona de Cristo. Dos poemas, el II y el V recogen las últimas palabras del Dios sacrificado. En el primero Cristo expresa con voz estentórea, sacando fuerzas de flaqueza aquél "¡Se consumó!" Y el poeta temblando explica:

gritaste con rugido
cual de mil cataratas, voz de trueno
como la de un ejército en combate
Tú muerte con la muerte.

La segunda vez el Verbo Humanado con voz pausada y lenta, dice "Mi espíritu en tus manos/ encomiendo".

Hay en estos poemas una de las más bellas comparaciones unamunianas. Adán recibió de Dios la infusión del alma por la boca, dice la Sagrada Escritura, ya que Dios: "Le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado" (Gén. II-7); y Cristo entrega su postrer aliento al Padre por su boca "Eterna fuente/ que canta en la espesura de la selva". La vida que se une a la Vida Eterna.

B). *Plano humano*

Este plano está a su vez dividido en: Plano humano, la escena del sacrificio hace 2,000 años y al pie del Calvario (Poema VII); y el

otro, plano humano en el Siglo XX, Unamuno de pie ante el Cristo de Velázquez en el Museo del Prado (Poemas VI y XI).

En el primero los amigos de Jesús están allí presentes en el sacrificio del Gólgota, Unamuno va nombrando uno por uno:

tu amigo Lázaro, el de Betania
pálido repatriado de la tumba.

con aguileños ojos contemplaba
tu cuerpo Juan.

Tomás se resistía
dar a sus ojos fe.

...Miraba el triste piso
Pedro desencantado.

Nicodemo,
vergonzante discípulo de noche.

La Magdalena
sólo una sola nube tras las lágrimas
veía de sus ojos.

Con furor Santiago
mirando a la ciudad cerraba el puño.

Estaban, tierno mozo...
recogía con piedad, cual reliquias, los guijarros
con señal de tu sangre.

Pero sobre todos resaltaba la figura hierática, muda de la madre:

Con sus vírgenes ojos en Ti fijos
Tu Madre te bebía la blancura.

En el plano humano pero espacialmente separado del sacrificio por XX siglos, Unamuno también contempla al Cristo enhiesto, al Cristo sufriente. Cuatro poemas I - IV - VI - XI, cuatro actitudes descubre Unamuno: la soledad de Cristo (I) que clavado en la cruz se levanta entre los hombres y Dios para impetrar perdón cuando abandonado de su Dios Padre le llama "oh León de Judá, Rey del desierto/ y de la soledad/".

En el Poema IV el alma de Jesús cual una ave gigantesca se eleva con

sus "alas de fuego" porque, dice el poeta, si fuego viniste a traer sobre la tierra, eres fuego de amor "blanca luz que llueve".

En el poema VI examina Unamuno el momento inminente de la separación del cuerpo y el alma de Cristo cuando:

Tu alma
sobre tinieblas frías recostada,
de la agonía descansando mira
su compañero cuerpo, al que ha dejado
de la cruz en las garras, de los clavos
pendiente.

En el poema XI el cuerpo, vacío, sin vida, ha quedado. La envoltura carnal se ha marchitado; La Madre en su obediencia le dio a Cristo ese cuerpo mortal y la Palabra se hizo carne "Y al ir a muerte esa Palabra dijo: '¡Se haga tu voluntad, y no la mía!'" Y es por eso, dice el poeta, que tu cuerpo desnudo, el vaso que ha quedado ya vacío en completa desnudez, "Ya desnudo/ vuelves al Padre como de El saliste".

C). *Plano divino*

Presenta dos aspectos también. El superior, en el cual se encuentra Dios, el Padre, El que sostiene la cruz del Hijo amado como "una balanza de pesar estrellas". A semejanza de este Dios del Antiguo Testamento, del padre severo que con voz atronadora conmoviera el Sinaí hasta sus cimientos con su palabra, que apareciera "envuelto/ tras negra nube, erizo de relámpagos", y que exclamara estremeciendo el monte "¡Soy el que soy!"; ahora el Hijo, también en un monte, el de las Calaveras, dice: "¡Yo soy la vid, vosotros los sarmientos!"

Ya no hay temor; el Dios enérgico, el Padre fuerte, el vengador, hoy tras las nubes del Calvario se nos muestra sonriente. Cristo ha enseñado al hombre el bondadoso semblante de Dios. (Poema XIV).

El segundo aspecto en este plano divino lo muestra el poema VIII intitulado "Miguel". Unamuno recuerda la lucha perdida del llamado "Archidragón Satanás" que se presenta lívido de ira y "sus sierras de dientes por la envidia/ castañeteando con furor inválido", ante Miguel que con su espada guarda la puerta del paraíso y la cuida de los "buitres infernales" que acudían al husmo de la muerte y caían doblegados ante "el Hombre Dios enarbolado".

D). *Plano de la Naturaleza*

La muerte de Cristo repercute en el plano de las cosas naturales, poemas III, IX, X de esta parte. Si el autor de la vida ha muerto, la naturaleza lo resiente:

Plañía el mar tu muerte plañidero,
desgranando sus olas sollozante,

y en el ocaso de ese día exclama el poeta

se acostó el sol en nubes de sangría.

La naturaleza toda se viste de luto: "negro está el cielo, negro y tormentoso".

III

Los veintisiete poemas de la tercera parte están dedicados a cantar con sentimiento y morosidad cada parte atormentada del cuerpo de Cristo. Después de esa contemplación comparativa analítica de las partes I y II, sigue el poeta en su prolijo examen, su análisis de la parte alta del cuadro hacia abajo, comenzando por el rótulo. El primer poema que podríamos llamar introductorio empieza abruptamente con un "¡Lo escrito, escrito está!" Recuerda Unamuno lo dicho por Pilato cuando los judíos fueron a reclamarle los términos en que estaba redactado. Esta primera línea pone al poeta de nuevo ante el cuerpo de Jesús Crucificado y lo transporta en alas del pensamiento hasta el sacrificio del Calvario. Pero más fuerte aún que la voz de Pilato es la de Jesús, "la Palabra" como le llama Unamuno que con su muerte "sin ruido de aire" habla más fuertemente "en el silencio negro". Y habla el Crucificado con su cuerpo pálido y blanco.

Esta parte tercera es la más lírica de todo el poema. Unamuno, el poeta de la emoción, de la pasión "de la visión íntegra y total" como le llamara Federico de Onís descubre su corazón.

Un Unamuno distinto, religioso, se descubre en este poema. Y una larga consideración comienza.

La corona de espinas irradiante de luz como "polvo de estrellas, va sobre tu frente" —dice el poeta— y la aplicación

Nuestros pecados son las púas
que hacen brillar la sombra de azabache
de tu cabeza de nimbo

y la cabeza de Cristo es "cual sobre el tallo una azucena ajada/ por el sol".

La melena de Jesús es ahora el punto de atención. Los recuerdos brotan espontáneos. Días de sol, aquellos en los que caminaba el Nazareno esparciendo el bien. Su larga melena recogiendo ya "las perlas del rocío de la alborada"; ya "el bálsamo de nardo oliendo a amor" con que María los enjugó; y aquel amoroso coloquio con Juan en la última cena, cuando los cabellos de Jesús "en apretados rizos/ negros como el abismo de los cielos/ en las cerradas noches misteriosas/ rozaron como brisa de ultramundo" la frente del discípulo amado.

Pero los recuerdos han de quedar ahora mudos, callados, y estáticos ante el sacrificio que se contempla. La frente —exclama el poeta— "hastial de la basílica que es tu cuerpo" que "empolló tus celestes pensamientos". "Paradojas, parábolas y apólogos/ florecían lozanos de tu boca"; El sublime pensamiento del Dios-hombre; El misterio insondable de la unión de lo divino y lo humano. Punto misterioso, de contacto entre lo infinito y lo finito.

El rostro, los ojos, los oídos, la nariz, las mejillas, son los temas de los cinco poemas siguientes. Y son un himno glorioso que canta la belleza del rostro noble del Señor, de esa faz que atraía como un imán con fuerza irresistible. El rostro del Señor en el que resaltaban "tus dos luceros de mirar, tus ojos/ como palomas cándidas/. Esos ojos, dice Unamuno, "como el cielo azul, azules", que vieron con tanto amor no sólo al tierno niño sino también al pecador. Esos ojos que perdonaban mirando y que cuando los posara en Pedro "él lloró su culpa al ver tus ojos hartos de perdón!"

Antes de seguir este errar meditabundo por el cuerpo del Señor, el poeta hace una pausa. Considera la obediencia de Jesús ante su Padre. Tú eres, dice Unamuno, "el Verbo/ colgando como cuelga un estandarte/ por entre cielo y tierra,... Porque has muerto de pie, como hombre... cual columna erguida". Y por eso Unamuno le llama "torre".

La pausa ha terminado. Al pasar los ojos por el cuerpo colgante del Crucificado la meditación continúa y el poeta sigue su dilatado examen. El cuerpo, el pecho, y el último "respiro que lo sorbió el de tu Padre: arroyo al mar" exclama el poeta. El amoroso reconocimiento sigue adelante: la osamenta, los brazos, el regazo, los hombros, las manos, el dedo índice de la diestra, la llaga del costado, el vientre, la verija, las rodillas —lugares en donde el sentimiento se explaya y el pensamiento enmudece— y los pies de Jesús que entraban por la puerta del aprisco, que pisaban la tierra bendita, los que "el Jordán ciñera con las linfas/ de su caudal corriente como a preso de ancla de eternidad". Aquellos "benditos pies que enjugara Magdalena,/ los que escalaron el Tabor y hacían/ temblar de amor bajo ellos a las rocas" hoy bajan al sepulcro, dice el poeta, donde se "bebe la linfa de la eternidad".

El poeta ha terminado su análisis y exclama ahora en un grandioso corolario:

Dios el misterio de la vida humana
trazó con las estrellas en el manto
de ébano de la noche, y descifraste
tu secreto con gotas de tu sangre
sobre la Tierra, en testamento fiel.

IV

La última parte la constituyen ocho poemas y una oración final. Son el epílogo de la Redención. La muerte, el silencio, el "Consummatum est", los últimos pensamientos. La aparente inmovilidad de lo eterno; pero bajo ella se fermenta la vida, porque si no se muere no se nace a la verdadera vida. Es la semilla divina que al morir florecerá en millares de corazones limpios que buscan el significado de la vida y la eternidad. Las ideas fundamentales de la redención, muerte, vida, reino y amor se glosan en esta parte final.

Este es el Unamuno desconocido. El Unamuno del Cristo de Velázquez; el que buscara afanosamente una respuesta a sus inquietudes, el que emprendiera una ruta especial, porque como dijera León Felipe "Para cada hombre guarda/ un rayo nuevo de luz el sol, y un camino virgen Dios. Y este "ateo muy especial" según Sainz de Robles va en busca de "la emoción de lo eterno, del misterio inmortal de nuestro destino: su busca por tan buenos caminos y con tan hermosos trenos, ya dicen muy a las claras que su fe iba con él, si no siguiéndole como su sombra, por tener la luz ante los ojos, si precediéndole por haberse vuelto de espaldas a la luz".

Allí queda ese monumento vibrante de sentimiento que es El Cristo de Velázquez, mientras en el silencio la oración final del poeta seguirá resonando como él pidiera al principio del poema y que "estos mis versos... corran tanto/ cuanto yo viva/ y sea para siempre/":

Dame Señor, que cuando al fin vaya perdido
al salir de esta noche tenebrosa
en que soñando el corazón se acrocha,
me entre en el claro día que no acaba,
fijos mis ojos de tu blanco cuerpo,

Hijo de Hombre, Humanidad completa,
en la increada luz que nunca muere;
mis ojos fijos en tus ojos, Cristo,
Mi mirada anegada en Ti, Señor!